

ciones. Nueve horas de marchas forzadísimas que traían; tres horas que les adelantaba la familia real; un muro de gentes interpuestas entre sus lanzas y los Reyes; el estremecimiento de aquella volcanizada tierra donde no había espacio adecuado á ningún conato de reacción; las iras populares cada vez más condensadas y más tempestuosas; el terror mismo á cometer una felonía con la patria, hicieron que los húsares de Bouillé retrocedieran, dejando la triste familia real abandonada por entero á sus luctuosos destinos. El salvador se redujo al triste caso de dirigir enfática epístola en altisonante y fragoroso estilo al Congreso nacional, amenazándole con que le costaría muy caro si un pelo tocaba de la cabeza del Rey. Pero, mientras los Reyes iban á la triste agravación de su cautiverio, al inmenso panteón de las Tullerías, al cadalso que se dibujaba en lo porvenir, Bouillé tenía que pasar la frontera, debiendo infligir á sus temeridades un extrañamiento bien parecido á un suicidio.



## CAPÍTULO TRIGESIMO-NONO

### La evolución y la revolución

LEGADOS á este minuto culminante de la Historia, conviene pararse á contemplar el tiempo en que pasaban sucesos tan terribles como los narrados por el capítulo anterior, y este nuestro tiempo en que predomina la idea de reforma sobre la idea de revolución, y se siente bajo nuestros pies el desarrollo de la evolución en serie lógica y en sistema encadenado. Cuando estos hechos del siglo anterior se miran al través de los hechos del siglo corriente, adquieren una desmedida importancia, porque no sólo el criterio los examina, y el ánimo en sí mismos los siente, porque los examina el criterio y los experimenta el ánimo en sus consecuencias. No se pueden alcanzar y comprender muchos hechos como no se los alcance y no se los comprenda con el espíritu de su tiempo y las ideas y los afectos generales por el sensorio y el cerebro con ún de este tiempo extendidos. ¿Cómo podrá extrañarnos que los Reyes, al ver la revolución, se coligaran, si nosotros mismos acabamos de ver que un Emperador, como Napoleón III, se creyó en el caso de arremeter con Alemania porque Alemania cumplía su maravillosa unificación, según su voluntad y supensamiento con arreglo á los humanos derechos? Pues, si en la segunda mitad del siglo décimo-nono, aclaradas las ideas de nacionalidad como están hoy, reconocido el principio de que los pueblos pueden disponer del destino suyo al propio arbitrio, se ideó una intervención insensanta, ¿cómo extrañarnos de que los Reyes antiguos, creyéndose todos ellos uno sólo, se arrestaran á formar la liga que formaron y arremeter contra Francia como arremetieron únicamente por defender

y por salvará la familia real francesa de aquella revolución espantosa? Un ejemplo de nuestros tiempos aclarará el error colectivo de aquellos tiempos y esclarecerá el abismo de las supersticiones humanas. Indudable que Francia perdió en la centuria nuestra su ministerio de una hegemonía no contestado hasta el año 70; indudable que por la pérdida material de Alsacia y Lorena sufrió ella una disminución de su territorio que le abriera herida incurable, é hiciera por nuestro mal que todos nos halláramos en tiempos tan horribles como los tiempos de conquista; indudable la grande perturbación europea consiguiente á tal atentado loco; pero es fuerza ver que si lo cometió el Emperador, le forzaron la voluntad y el pensamiento. Había pensado lo contrario de aquello que hizo. Había pensado sostener la unidad alemana con empeño. Había creído poder comunicar á sus conciudadanos la confianza por él sentida en que Francia, Italia, Germania, reunidas por unión perfecta disponían del mundo todo y salvaban la cultura universal. Meditada y sabia declaración hecha en Junio del 66, cuando Prusia le cedió Venecia, y entró en su natural predominio sobre los territorios alemanes, decía que un mapa nuevo se había extendido sobre aquel trazado por la Santa Alianza en mengua de Francia, y que teniendo ésta en su favor una Germania revolucionaria, una Italia revolucionaria con otros pueblos de igual origen y de igual carácter, no tenía para qué amedrentarse ni retroceder en el camino de todos los progresos conducente á la salvación del principio de todas las nacionalidades y al triunfo de la humana libertad en todas partes.

Aquí, en esta declaración, debió según mi sentir y entender, quedarse fijo el imperio. Esta política suponía una inteligencia con Prusia, Inglaterra, Italia y Francia contra los dos factores del viejo espíritu reaccionario, contra Rusia y Austria. Penetrado el imperio de que tal política previsorá convenía mucho al pueblo francés y á la paz europea, debió seguirla con aquella porfiada tenacidad que requiere toda política de altos conceptos y providencial empeño. Mas, para seguirla, precisaba dar de mano completamente, al sueño de la reivindicación del Rhin y á los preparativos constantes de una guerra próxima. El desarme rápido y no el armamento espantoso; una política de libertad y no una política de cesarismo, convenían en aquellas extraordinarias circunstancias. Pero había en Francia una opinión predominante que no resignaba de suyo á la prepotencia prusiana y que pedía con tenacidad la declaración de guerra pronto. Los espíritus previsores y elevados no querían la guerra; pero el pueblo, muy ufano de antiguo con su hegemonía en Europa, no quería resignarse á compartirla con ningún otro pueblo, y menos con el aborrecido pueblo alemán. Girardin, el excelso periodista, muy acostumbrado en su larga y gloriosa existencia de publicidad constante á decir la opinión universal antes que la opinión propia; después de haber publicado, durante un quinquenio, artículos y más artículos con el expresivo título de guerra á la guerra, turbó la paz moral francesa, echando combustibles al fuego devorador de las pasiones. Todavía publicaba los apotegmas recogidos de las páginas

más sabias y de las plumas y de las lenguas más ilustres á favor de la paz perpetua y ya predicaba la guerra con el prusiano á todo trance. Pero lo que más determinó este movimiento á favor de la guerra, fué un discurso pronunciado por Thiers en fines del año 66, contra la circular de La-Valette arriba mencionada. El gran orador se propuso demostrar que los engrandecimientos de Italia y Alemania sólo habían servido para disminuir á Francia y que la política verdaderamente nacional consistía en deshacer todo lo hecho. Para M. Thiers, desde los tiempos de Luis XI y Carlos VIII estaba definido el proceder que debía seguir Francia en su política internacional. Todos los Reyes franceses tendieron á concluir con la potencia española. A tal impulso las mayores guerras de Francia obedecieron por más de trescientos años. Bayardo murió por disputarnos el dominio de Nápoles; Francisco I, quedó cautivo por disputarnos el dominio de Milán; Enrique II, favoreció á los protestantes alemanes por combatir nuestro predominio en Germania; Enrique III combatió á la liga de los católicos dentro de París, porque la liga católica tenía su clave y su representación en España; Enrique IV fué á Ivri en alas del odio á la nación vecina; Luis XIII y sus ministros fueron á Rocroy; Richelieu mismo, á pesar de su dignidad cardenalicia, sostuvo á los luteranos contra los católicos, porque los luteranos iban contra España y contra su prepotencia en el centro de nuestra Europa; trabajo inmenso de tres siglos que no concluyó sino después de haber Luis XIV dicho cómo los Pirineos habían desaparecido y cómo su propia casa y familia dominaba en la península española, por medio de Felipe V. Según Thiers, Francia no podía vivir más que rodeada por naciones débiles, disminuidas, rotas, que hubieran menester su autoridad y su tutela. Por consecuencia, todo lo que había hecho el imperio á favor de la unidad italiana y de la unidad germánica, disminuía, ó por lo menos contrastaba mucho la política tradicional de Francia, que iba poco á poco descediendo en la escala de su poder y de su influjo, hasta convertirse, por desgracia, en potencia de orden secundario.

Este maravilloso discurso, uno de los más elocuentes que se hayan jamás oído en Europa, flaqueaba por su base, ofrecía en su argumentación lados tan vulnerables, que merced á ella podía entrar en el seno de Francia la enemiga y el odio de todos los pueblos. ¿Cómo? La nación central de nuestra Europa, colindante con casi todas las grandes naciones continentales, colindante con Italia, colindante con Alemania, colindante con España, vecina de Inglaterra, proclamada por medio de su orador más respetable ante la Europa entera que Francia no podía vivir sino circuida por fragmentarios pueblecitos semejantes á un enjambre de innominados aerolitos, restos de planetas, pavesas de soles. Aquel discurso parecía dicho para concitar contra Francia todos los odios europeos. Pero hería en el corazón al imperio, y Thiers no se curaba en aquel momento de ninguna otra cosa más que de tal fin y objeto. Exacerbado el orgullo francés á la caldeada palabra de su gran estadista y tribuno que parecía rejuvenecido por el amor á la libertad, gritó «¡guerra!» desde aquel

CAPILLA ALFONSEINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. B.

discurso, cuyas palabras en realidad concitaban y disponían á todo el mundo para la guerra. En vano quiso el gobierno francés por los labios de su principal orador empeñarse airado en el combate con aquellos principios y con aquellos sentimientos profundamente franceses. Como no estaba convencido en su interior de una política, más bien sustentada por la necesidad externa que por la fe interior, contestó muy tibiamente á especies necesitadas todas ellas de vigorosísima respuesta; y no pudiendo atajar la corriente, se anegó en ella, y se dejó por ella conducir á donde le plugo. Pero Thiers no comprendía bien lo que ocultaban aquellos movimientos hacia la unidad interior de Alemania y de Italia. Estas dos naciones altísimas no habían constituido su nacionalidad, ni habían fundado su interior unidad por los tiempos en que las constituimos nosotros, españoles y franceses. Así es que lo hecho por nosotros mediante pactos, como la unión de los vascongados con Castilla, mediante matrimonios, como la unión de catalanes y aragoneses, y como la unión de estos últimos con castellanos, mediante conquistas como la conquista de Murcia y de Valencia y de Andalucía y de tantas otras regiones; lo que habíamos hecho nosotros con cruzadas como la terrible contra Provenza, con guerras como la guerra de Borgoña; esta obra de la unidad, se operaba y concluía entre los alemanes y los italianos, por un movimiento indecible de la opinión pública y por una explosión volcánica de la conciencia general que necesitaba y pedía para contrastarlas y destruirlas una imposible guerra de conquistas. Italia y Alemania deseaban unirse interiormente, ser naciones cual Francia y España, y se interponían en su camino á fin de que no lo alcanzasen los franceses reputados desde su revolución por heraldos y voceros de todos los pueblos libres, por Bautistas y profetas de todas las renovaciones sociales, por Verbos reveladores de la democracia moderna y de la libertad universal. Thiers no comprendía que, así en el movimiento italiano como en el movimiento alemán guardaban las sendas almas de dos pueblos libres, y que no pueden los extraños nada contra la voluntad interior de los pueblos como no los reduzcan á la servidumbre por medio de lo conquista. En tal error prendían muchas de las supersticiones francesas que demandaban, sin darse cuenta de todo ello, una guerra con Alemania para impedir su interior unidad, guerra demente y suicida. Con sólo pararse á meditar sobre la nueva evolución paralela, seguida por el pueblo alemán y el pueblo italiano, echábase de ver que uno y otro iban en busca de las soluciones sembradas, cuando la revolución del 48 abriera surcos tan profundos en aquel suelo y agitara por modo tan extraordinario aquellas conciencias. Lo mismo Italia que Alemania en el año 48 habían sabido negar, pero no establecer las afirmaciones consiguientes á su respectiva negación. Para los combates sirven las negaciones mucho; para la organización posterior al triunfo no sirven cosa. Habían los italianos despedido al Papa de Roma y á los respectivos tiranuelos de sus ducados feudales y al austriaco de Milán y venecia, como habían los alemanes reunido su Asamblea de Francfort y proclamado en ella los derechos fundamentales humanos. Pero en uno y en

otro movimiento se notaba dispersión de fuerzas, contradicciones de ideas, falta de común espíritu, sobra de fracciones alteradas, incertidumbres, perpejidad, duda, vacilación, todo lo que puede acabar con las causas mejores y frustrarlas en los momentos más decisivos, á pesar de mantenerlas con sus esfuerzos y con su fe los hombres más eminentes. Pero en lo que no cabía duda de ningún género era en que dentro de aquel movimiento se contenían aspiraciones invencibles, las cuales debían dar por resultado inevitable, no estando bien definidas y seguras, una catástrofe, pero no una catástrofe dentro de la cual se contenían gérmenes depositados en las mismas hendiduras por la catástrofe abiertas y en el mismo suelo por la catástrofe removido.

En consecuencia, la fuerza de los hechos y el movimiento de las ideas habían de traer la transformación, que no se debía, como Thiers aseveraba, tanto á las complicidades más ó menos voluntarias, del Emperador Napoleón, como al espíritu del siglo y al pensamiento intuitivo del pueblo. Pocas veces se ha visto con tal claridad lo mucho que sirven las muchedumbres para iniciar una idea, lo poco que sirven para cumplirla y realizarla. El pueblo alemán había llegado á formular sus aspiraciones, como ya hemos dicho en la grande Asamblea de Francfort; pero sucedió con aquella Asamblea de Francfort lo mismo que sucediera en Francia con su Asamblea del 48, y en España con su Asamblea del 93. Como habían brotado de la revolución vivieran entre los sacudimientos revolucionarios. Y como los sacudimientos revolucionarios aterran á los pueblos en grado tan excesivo, el mismo terror popular, que los produce, provoca y atrae los golpes de Estado. Yo pregunto, si se da el caso de morir estas asambleas, agitadas por la fiebre revolucionaria y popular, á un golpe de Estado en casi todos los pueblos. A un golpe de Estado cayeron las asambleas del 48 en Francia, y á otros tantos golpes de Estado concluyeron las respectivas asambleas constituyentes de Prusia, y Austria, y Alemania. Lo que hicieran Bonaparte y los suyos el 2 de Diciembre, hicieronlo Manteuffel y Windgraets con las asambleas constituyentes de Viena y Berlín. Leyendo la Historia de Alemania en aquellos días, parece leerse la Historia de la República Francesa durante las jornadas de Julio y las violencias de Mayo. Como allí se observan por todas partes grietas abiertas al sacudimiento revolucionario, también se observan aquí. Francfort, Viena, Berlín, arden todas á una en el fuego de revolución espantosa. Ensangriéntanse aquellas calles porque las mismas muchedumbres generadoras de las asambleas han concluido por aborrecerlas y maldecirlas. Muchos diputados cambian la tribuna por la barricada, y soltando el cetro de las leyes empuñaban el fusil de las revoluciones. A estos errores de las democracias suceden grandes reacciones, y como triste fruto de estas reacciones sobrevienen y llegan los terribles y pavorosos golpes de Estado que detienen el movimiento de las democracias empujándolas atrás. Pero no cabe dudarlos. Se hallan en el suelo pródigo los gérmenes de las soluciones venideras. Estos gérmenes parecen extirpados y concluidos, cuando van exten-